

Del centro occidente al medio oeste: historiografía chicana

Gerardo Necochea

No hace todavía mucho tiempo que las expresiones "minoría escondida" o "norteamericanos olvidados" estaban en boga entre los estudiosos de los mexicanos en los Estados Unidos. Con ellas daban a entender la ausencia de trabajos que exploraran los diversos aspectos de la vida de esta población. Estudiantes inquisitivos podían remitirse a los detallados volúmenes de Taylor o la amena narrativa de McWilliams, cuya añeja calidad subrayaba la pobreza cuantitativa de la bibliografía. La protesta política y una generación académica de chicanos coincidieron en el escenario para acicatear la curiosidad y llenar el vacío. Los historiadores han sido particularmente industriales, gracias a ellos conocemos más y mejor a los mexicanos "del otro lado". Ha cambiado la concepción de la historia del sudoeste norteamericano, el antiguo México; ha cambiado también la noción de que los mexicanos estaban confinados a esta región de Estados Unidos.

Estudios aparecidos en la última década, centran su atención en Chicago y su periferia; la gran metrópoli del medio oeste atrae a los investigadores por su alta concentración de mexicanos. A la espera de historiadores emprendedores se hallan otras zonas de la región, con poblaciones de origen mexicano numéricamente importantes. El estudio realizado por Gilberto Cárdenas del censo de 1970, da cuen-

ta de esta dispersión y sirve como guía para ubicar geográficamente futuras investigaciones. Las ya existentes nos permiten trazar con cierta firmeza el entorno de la vida social, económica y política de los mexicanos en las primeras décadas de este siglo. A continuación nos ocupamos de ellas con el doble propósito de evaluar lo que sabemos y proponer nuevos problemas.¹

El presente ensayo no abarca todo lo estudiado. Se concreta a cuatro puntos: emigración, comunidad, trabajo y política. Sobre estos aspectos, los autores ofrecen abundante información. Sin embargo, como veremos más adelante, aún falta mucho por conocer respecto de las relaciones sociales de los mexicanos entre sí y con su entorno. El énfasis puesto en la discriminación y americanización, supone que la historia de los mexicanos fue principalmente una reacción ante las condiciones de la sociedad que les rodeaba. Esta crítica historiográfica, por el contrario, supone que los inmigrantes hicieron su propia historia, adaptándose, pero también moldeando las nuevas situaciones. Esta diferente perspectiva de aproximación sugiere que el estudio de las relaciones sociales ofrece una más cabal comprensión e interpretación de esa experiencia histórica.

Los autores señalan, en forma breve o extensa, las causas de la migración de México a Estados Unidos. Recurren comúnmente a los

factores de expulsión y atracción para explicar este desplazamiento humano. Frecuentemente mencionan la escasez de mano de obra en Estados Unidos como razón principal. Después de iniciada la primera guerra mundial, los mexicanos comenzaron a llegar en mayor número a ciudades de Indiana, Illinois y Michigan.² La guerra demandaba incrementos en la producción industrial a la vez que impedía la emigración europea hacia Estados Unidos y absorbía buena parte de la mano de obra fabril. Por estas razones, los principales empleadores buscaron otras fuentes de trabajadores. Los negros del sur y los mexicanos cubrieron esta demanda. Al finalizar la guerra, otros factores coincidieron para sostener la demanda de trabajadores mexicanos. En 1919 tuvo lugar la más importante huelga de la industria del acero, para contrarrestar el movimiento, las compañías importaron mexicanos como rompehuelgas. Después, al iniciarse la nueva década, se promulgaron leyes migratorias restrictivas para los europeos pero no así para los países del continente americano. Al mismo tiempo, y hasta mediados de la década de los veinte, muchas industrias, como la del acero o la automotriz, ampliaron su capacidad productiva, con el consecuente incremento de mano de obra empleada. También el prejuicio contra los negros hizo que en muchos casos se prefiriera al mexicano.³

Esta explicación, que resalta la importancia de la atracción que la economía estadounidense ejerció sobre los inmigrantes, implica una cierta visión de los factores de expulsión. Los autores parten de la premisa, no siempre explícita, de que el atractivo económico estadounidense era debido a la pobre situación económica en México. Juan García, por ejemplo, compara el salario de 57 centavos de dólar al día pagado en México en 1927 al mínimo de 2.40 dólares diarios pagados en Chicago Heights en el mismo año. Generalmente, para complementar esta explicación, se hace hincapié en la inseguridad y caos causados por la revolución. Kerr considera que la guerra intestina aceleró la emigración a los Estados Unidos.⁴

Esta explicación de la emigración es insuficiente. Si la pobreza y el caos revolucionario explican el por qué los mexicanos abandonaron su patria, sería lógico esperar una representación relativamente igual de todas las regiones de México en el número total de los emigrantes. Todos los estudios coinciden, sin embargo, en que la mayoría de los mexicanos provenían de tres estados: Guanajuato, Jalisco y Michoacán.⁵ Cabría igualmente esperar un éxodo iniciado por los estratos más pobres de la población, pero fueron los sectores medios quienes primero emigraron. Por último, las mejores oportunidades económicas en Estados Unidos explicarían la inmigración a cualquier región de este país y no específicamente al medio oeste.

El trabajo de Rosales es ejemplar por su detallada discusión de la emigración. Este autor coincide con otros en señalar la relación entre la lucha revolucionaria y la emigración. Pero muestra diferentes fases en una y otra. Entre 1910 y 1914, las principales batallas se dieron en el norte de México y quienes emigraron a los Estados Unidos fueron personas que temían por sus personas y sus fortunas. La mayoría simplemente se trasladó de sus pueblos fronterizos a la ciudad estadounidense más cercana. El efecto de las campañas bélicas fue sentido en el centro del país en años posteriores. Entre 1915 y 1919, las zonas del centro occidente y del valle de México sufrieron por el hambre y la guerra. Poco más tarde, el centro occidente sufriría con la rebelión delahuertista de 1923 y el movimiento cristero iniciado en 1926. Miedo y hambre dislocaron el orden social local pero no explican totalmente la salida de la gente.

Al considerar los orígenes regionales de los inmigrantes a Chicago, Rosales encuentra que en su mayoría provenían del centro occidente y, en particular, de la franja del Bajío. Esta zona fue tan afectada por la revolución como el valle de México y, sin embargo, los porcentajes de emigración hacia los Estados Unidos fueron mucho mayores en la primera. Al comparar ambas zonas, Rosales encuentra razones para explicar esta disparidad. En primer tér-

mino, la red ferroviaria que comunicaba con los Estados Unidos llegó primero al Bajío que al valle. Segundo, los ferrocarriles y otros factores de cambio económico no transformaron la sociedad abajeña y, por lo mismo, la gente no permaneció involucrada en prolongadas luchas por conservar antiguos modos de vida. Tercero, el aumento demográfico afectó negativamente las posibilidades de acceso a la tierra, en especial para los propietarios medios quienes, por otra parte, tenían los recursos para trasladarse al norte. Por último, la población del Bajío, de reciente asentamiento, estaba menos enraizada y ligada a su tierra que la del Valle.⁶

Rosales argumenta que en ambas zonas hubo migración. Mientras en el Bajío la población se desplazó hacia el norte, en el valle migraron hacia la ciudad de México. Este planteamiento coincide con los pocos estudios que tenemos sobre migración interna durante el porfiriato. Las distancias recorridas por los migrantes comenzaron a incrementarse hacia finales del siglo XIX. La población del centro occidente viajó hacia los polos de desarrollo económico en el norte y en el Golfo. La ciudad de México y otras urbes del centro, atraieron migrantes del valle y del sur del país.⁷

La investigación de Rosales nos conduce a plantear tres problemas adicionales: qué medios utilizaron los emigrantes para transportarse, cómo adquirieron información sobre posibles destinos y cómo se formaron las cadenas de migración. Es probable que parte del camino se recorriera a pie o a lomo de mula. Pero la evidencia indica que los ferrocarriles condujeron a los emigrantes hacia el medio oeste y que las compañías ferroviarias fueron las primeras en ocupar grandes números de jornaleros mexicanos en sus trabajos de mantenimiento de vía. Aparentemente, entonces, jornaleros ferroviarios en México continuaron desempeñando una labor similar allende la frontera. Rosales hace notar que la construcción de los ferrocarriles en el sudoeste norteamericano y en México se realizó en las mismas fechas.⁸ El hecho de que Chicago fuera un centro ferrocarrilero de primera importancia,

que unía las redes del oeste con las del noreste, explica por qué los mexicanos arribaron a este destino.

El hecho de que los ferrocarriles fueran el principal medio de transporte también nos habla de quiénes fueron los que migraron. Para viajar había que tener recursos propios o la posibilidad de allegárselos. Por ello Rosales enfatiza el carácter de propietarios medios de los emigrantes. Probablemente muchos de los rancheros de los Altos de Jalisco vendían el pedazo de tierra heredada (insuficiente para subsistir) para hacerse así de los recursos necesarios para el viaje. O recurrían a la solidaridad obligada por los nexos de parentesco.⁹ Si bien el tiempo amplió la oportunidad de emigrar a capas más bajas, en un primer momento los emigrantes pertenecían a un estrato social medio. Ocurrió así en otros países, donde la emigración fue primero el recurso de propietarios medios y artesanos. Posteriormente, cuando esta emigración se hizo masiva, emigraron los desposeídos.

Por ahora sólo podemos suponer respuestas para la segunda pregunta que nos interesa, cómo adquirieron información los emigrantes. Coatsworth sugiere que las redes telegráficas construidas a la par del ferrocarril, permitieron la más rápida difusión de la información requerida por los emigrantes.¹⁰ De hecho, el ferrocarril facilitaba el regreso de los emigrantes, quienes inadvertidamente reclutaban nuevos trabajadores para la industria norteamericana. También influyeron los reclutados pagados por algunas compañías, aunque ellos actuaban más frecuentemente en las ciudades fronterizas que en el interior del país. Quizás el mismo éxito de los emigrantes fue la mayor fuente de información, especialmente cuando llegaban a los pueblos cartas acompañadas de dólares. Gamio hace un recuento de las considerables sumas enviadas por emigrantes a sus familias.¹¹ Por desgracia no tenemos acceso a esas cartas que nos darían cuenta de la imagen e ideas que los emigrantes se formaron de los Estados Unidos.

Estas cuestiones son importantes de dilucidar porque nos ayudarían a entender más

cabalmente el complejo de razones y motivos para la emigración. Nos ayudarían también a comprender otro importante problema, el de la migración en cadena. Ninguno de los autores revisados hace un análisis en este fenómeno, pero su importancia se deja ver en muchos de los ejemplos citados. Rosales apunta hacia la existencia de estas cadenas al analizar los pueblos de donde salió la gente. Kerr y otros mencionan el hacinamiento debido a que varios parientes o amigos compartían un solo departamento. García refiere que los mexicanos animaban a amigos y parientes a unírseles, mandando dinero para el pasaje y ofreciendo casa y comida.¹² Estos ejemplos señalan las redes de relación social que se ponían en juego al emigrar. Otros grupos inmigrantes, gracias a estas cadenas migratorias, reconstruyeron buena parte de la vida pueblerina en el seno de la gran urbe industrial.¹³ El estudio de estos eslabones contribuirá a nuestro entendimiento de los mecanismos de solidaridad y ayuda mutua informal que favorecieron el asentamiento.

La explicación de la emigración no debe detenerse en los factores de expulsión y atracción. Hay que entender el mundo del emigrante, no sólo para explicar la decisión de partir sino para reconstruir la forma de vida acostumbrada; como dice Bodnar, para entender las comunidades de inmigrantes en Estados Unidos es necesario estudiar el mundo del que salieron.¹⁴ Mucho de lo que sucede en ellas —la organización de las relaciones sociales, del trabajo, la política y los objetivos e ideas de los inmigrantes— adquiere sentido histórico a la luz del universo social y cultural que experimentaron los individuos antes de salir. Para los mexicanos en el medio oeste, esta es una problemática que aún requiere mayor estudio.

Lo anterior no significa que se haya dejado de lado el estudio de la comunidad inmigrante mexicana. Precisamente este es el objetivo de los trabajos que aquí nos ocupan. Algunos estudian lo que consideran el conjunto de características que definen estas comunidades. Otros se detienen en análisis parciales.¹⁵ El estudio de aspectos demográficos, condicio-

nes materiales de vida e instituciones llevan a los estudiosos a caracterizar las comunidades. Aunque coinciden en muchos puntos, podemos hablar de dos posiciones: una que ve un proceso de desarrollo hacia la estabilidad comunitaria y otra que resalta los elementos de inestabilidad y desorganización.

Los números son preocupación evidente en todos los estudios. Conocemos bastante sobre cifras totales y flujos poblacionales y algo menos sobre el perfil demográfico. Había mexicanos en la región desde el siglo XIX. Al inaugurarse el siglo XX vivían en Illinois 156 personas nacidas en México. El número aumentó gradualmente entre 1900 y 1920, acelerando a partir de 1916 pero disminuyendo notablemente en 1921-22 debido a la recesión económica. La entrada de mexicanos fue masiva en los siguientes siete años, pero la gran depresión iniciada en 1929 detuvo este proceso. En los años de la crisis la reemigración fue muy importante y ha sido objeto de varios estudios. Algunos investigadores consideran que alrededor de la mitad de los mexicanos establecidos en la región regresaron a México entre 1930 y 1935, obligados por la situación pero también presionados por organizaciones cuasioficiales.¹⁶

El patrón migratorio que siguen los mexicanos es similar al de otros grupos inmigrantes. Los flujos migratorios coinciden con las alzas y bajas económicas. La estructura global inicia con un flujo mínimo que crece gradualmente hasta convertirse en masivo, para luego descender y estabilizarse. La depresión marcó un corte abrupto, para los mexicanos, al igual que la guerra del 14 lo marcó para los europeos.¹⁷

Además de la información estrictamente cuantitativa, conocemos algunas características de esta población migrante. Entre 1916 y 1925, predominaban los hombres solos y jóvenes; niños, viejos y mujeres no tenían cabida en este mundo de hombres trabajadores. Hacia finales de la década de 1920, comienzan a apreciarse cambios: se reduce la desproporción entre hombres y mujeres, hay más menores de 10 años y más grupos familiares com-

puestos por madre, padre e hijos. En la siguiente década se reafirma esta tendencia, en buena medida porque salen los hombres solos y permanecen las familias. La mención de numerosas familias es frecuente pero desconocemos el promedio de personas que componían la familia nuclear o el grupo doméstico. Desconocemos también índices tales como edad de matrimonio, edad de las primíparas, años de escolaridad, índices de mortandad, etcétera. Estas características demográficas aún aguardan estudio.¹⁸

En contraste, las condiciones materiales de vida y las instituciones políticas y económicas han sido ampliamente estudiadas. Ello posiblemente se explica porque abunda la información sobre vivienda, salud, educación, recreación, comercios, sociedades y periódicos establecidos por los mexicanos.

Las áreas de residencia y la vivienda han sido minuciosamente descritas. Los mexicanos inicialmente se asentaron en áreas predominante obreras, caracterizadas por albergar inmigrantes de reciente arribo y por estar cerca de los lugares de trabajo. En la ciudad de Chicago, los barrios del Near West Side, Back of the Yards y South Chicago habían sido ocupados por italianos, polacos, lituanos, griegos, rumanos y otros desde las últimas décadas del siglo XIX. En cada uno de ellos dominaba, aunque no totalmente, un diferente tipo de industria. El South Side de Gary, la porción conocida como Indiana Harbor en East Chicago y el lado este de Chicago Heights tenían características similares.¹⁹

En todas estas zonas ocurrió un patrón similar de asentamiento. Los mexicanos primero vivieron en barracas o campamentos pertenecientes a las compañías de acero o a los ferrocarriles. Con el tiempo buscaron acomodo en lugares más a su gusto e independientes de las compañías. En East Chicago, muchos de los mexicanos que vivían en los "bonkes", es decir las barracas suministradas por la Inland Steel, no podían dormir o detestaban la comida y buscaron alojamiento en las casas de huéspedes vecinas a la entrada principal de la fábrica. De esta manera fueron formando su

colonia alrededor de las avenidas Block y Pennsylvania. Encontramos así, en un principio, variedad de tipos de vivienda: hoteles, casas de huéspedes, barracas, campamentos ferrocarrileros. Poco a poco fueron más los que vivían en apartamentos y algunos, inclusive, comenzaron sus propias casas de huéspedes. Esta variedad de vivienda permanecería durante la década de los veinte, aunque las barracas desaparecieron.²⁰

Las condiciones de vida distaban mucho de ser acogedoras. Los apartamentos se hallaban en edificios viejos e insalubres y el espacio era insuficiente para la cantidad de personas que albergaba. Los casatenientes hacía tiempo que habían dejado de ocuparse del mantenimiento de sus propiedades, limitándose a cobrar cuantiosas rentas. Aun en los contados casos de mexicanos en posibilidades de sufragar rentas mayores, las condiciones no mejoraban sustancialmente. Además, no siempre decidían libremente su lugar de residencia ya que tenían vedado el acceso a ciertas zonas residenciales. Las autoridades médicas relacionaban las condiciones climáticas y la pobreza en la vivienda con las enfermedades. La tuberculosis, la neumonía y los desórdenes gastrointestinales eran un problema grave en todas las colonias. La educación presentaba un cuadro igualmente deplorable. Los niños no avanzaban más allá de la educación primaria y eran considerados conflictivos y poco inteligentes por sus maestros.²¹

Estos patrones de residencia y condiciones de vida, según Sepúlveda, estaban ya conformados antes de la llegada de los mexicanos. Por lo mismo, su posibilidad de modificarlos era mínima. Además, los bajos sueldos y la discriminación no permitían la movilidad residencial que mejoraría estas condiciones. Algunos estudiosos ven en la discriminación la clave del surgimiento de colonias compactas. Sin embargo, como bien apunta Rosales, los mexicanos nunca predominaron en una zona residencial sino que compartían el espacio con otros grupos inmigrantes.²²

Para no pecar de fatalistas, los autores contraponen las actividades recreativas a las

opresivas condiciones materiales. Algunos mencionan celebraciones como la del 16 de septiembre, que involucraban en su organización a las sociedades benéficas y eran muy concurridas. Otros relatan celebraciones íntimas y de carácter religioso, como los bautizos y los onomásticos. Pero la mayor atención recae en eventos sociales, culturales y deportivos. La mayoría de las colonias contaban con actores improvisados o profesionales, quienes, con regularidad, montaban espectáculos teatrales. Kanellos describe al grupo de teatro ligado a la "Sociedad de Obreros Católicos", en Indiana Harbor. Sus puestas en escena, al decir del autor, eran profesionales y ejecutaban obras aún en cartelera en la ciudad de México. También en Indiana Harbor, desde 1926, los mexicanos contaban con una sala de cine, en la que exhibían películas subtítuladas. Las sociedades ofrecían veladas, tertulias y bailes. La "Sociedad Mutualista de Obreros Libres" de South Chicago contaba con una banda de música, al igual que muchas otras sociedades, para amenizar sus reuniones. Además, las agencias sociales, los "settlement houses" y las organizaciones eclesásticas ofrecían a los emigrantes un espacio de reunión y variedad de actividades. Kerr ha demostrado que estas agrupaciones, en Chicago, contribuyeron a definir el carácter distinto de cada asentamiento.²³

Los clubes atléticos también figuraban prominentemente entre las opciones recreativas. El baseball fue, quizás, el deporte más atrayente. Kerr y Rosales ven en esta preferencia un signo de la "americanización" de los mexicanos en el oeste medio. Pero la historia de Alfredo Morales sugiere mayor complejidad. Morales fue reclutado en Monterrey para jugar baseball en Laredo, Texas; posteriormente, en Indiana Harbor, trabajó en la Inland Steel y promovió el juego de pelota. Su ejemplo muestra que aún el baseball tenía raíces en el lugar de origen de los mexicanos. Muestra, también, que el tipo de análisis realizado por Kanellos debe ampliarse a todas las actividades recreativas.²⁴

Sólo una minoría acudía a este tipo de re-

creación. Falta información sobre el uso del tiempo libre entre la mayoría trabajadora. Sabemos que los salones de billar eran un importante punto de reunión y que beber y pelear eran maneras de emplear el poco tiempo de ocio disponible. Los autores tienden a calificar estas conductas de antisociales, adjudicando su causa al desequilibrio social y emocional resultado de la migración. Un estudio sobre South Chicago demuestra, por el contrario, la importancia de las tabernas en la conformación de solidaridades étnicas y laborales.²⁵ Como sea que fuera, en realidad desconocemos la función, el carácter y el significado de la recreación.

La concepción de comunidad de los autores sitúa las condiciones materiales y el solaz como contexto. El núcleo lo constituyen tres aspectos: sociedades benéficas, periódicos y comercios. Contamos con una lista muy completa de las sociedades existentes en Chicago, Indiana Harbor y Gary, gracias al trabajo de Taylor.²⁶ Ellas surgieron para proveer ayuda financiera en momentos de crisis para sus miembros. Gradualmente incluyeron otros propósitos e intenciones: reafirmar la cultura mexicana, unificar la colonia, proveer solaz. En general tuvieron una corta vida, llena de vicisitudes financieras y rivalidades. A pesar de ser muchas en número, su existencia afectó sólo a la reducida clase media. No obstante, junto con los periódicos publicados en español, conformaron una visión de ser mexicanos en el extranjero, nutrida por símbolos de nacionalidad y principios religiosos. Leitman expone cómo *El Amigo del Hogar* proyectó una visión de unidad y armonía comunitaria, marcada por la virtud moral y la dignidad en oposición al individualismo y las preocupaciones materiales. Kerr sugiere que las metas ideales, el uso de símbolos patrióticos por un lado, y las metas prácticas, por el otro, denotan las paradójicas tendencias de aislamiento e integración. Rosales, por su parte, argumenta que las sociedades servían de mediadoras entre la colonia mexicana y las instituciones o los poderes establecidos en Indiana Harbor.²⁷

Los comercios mexicanos surgieron para satisfacer necesidades específicas y como vía de acceso a otra forma de vida para sus dueños. Eran pequeños y marginales en términos de la estructura económica urbana. Su devenir fue azaroso, al igual que el de las sociedades y periódicos. Los recurrentes fracasos indican, para algunos, la inestabilidad de la comunidad. Pero su mera existencia es indicio, para otros, de incipiente prosperidad y solidez en las colonias.²⁸

La discusión sobre sociedades benéficas, periódicos y comercios permite a los historiadores valorar la vida comunitaria de los inmigrantes. En las colonias mexicanas del medio oeste, nos dicen, imperaba el aislamiento, la soledad y la no permanencia. Los mexicanos no tenían interés en la sociedad norteamericana. Por el contrario, según García y Kerr, penaban por la lejanía de parientes y amigos. Deseaban juntar dinero y regresar a México. Por eso nunca crearon ligas duraderas con su nuevo entorno. Los vientos de depresión económica encaminaron un cuantioso contingente de regreso al terruño. Sólo quienes quedaron habían comprometido su futuro a la vida en Estados Unidos. Fue hasta los años treinta que surgió una verdadera comunidad, enraizada a la vida de las localidades en que habitaban. Pero hay una sutil diferencia interpretativa. Kerr considera que gracias a la Gran Depresión comenzó un verdadero proceso de formación comunitaria. Rosales, en cambio, encuentra las bases del desarrollo comunitario posterior en los años últimos de la década de 1920. Uno y otro, sin embargo, utilizan la institucionalización y la asimilación a la sociedad norteamericana como medida de la formación comunitaria.²⁹

Las aseveraciones de Kerr, García y Rosales limitan la caracterización de comunidad a factores externos y dejan de lado las relaciones sociales entre los mexicanos. Dirigir nuestra atención hacia estas últimas abre importantes problemas de investigación. En primer lugar, habría que reconstruir las redes de relación que ligaban a los individuos. La migración en cadena reconstruía, al menos en

parte, sistemas de relaciones sociales existentes en los pueblos de origen. La convivencia con parientes y amigos en la casa, el trabajo y el solaz compensaba por la lejanía de los que quedaron atrás. En segundo lugar, habría que encontrar los elementos de integración e identidad que aglutinaban a los mexicanos. Ello implica ahondar sobre el significado de celebraciones, música, comida, deportes y toda actividad recreativa. También las manifestaciones de religiosidad y ayuda mutua que reflejan la solidaridad social deben ser estudiadas en detalle. En tercer lugar, habría que conocer la concepción que los mexicanos tenían de sí mismos. Queremos conocer mejor, por ejemplo, las relaciones de las sociedades mutualistas con el resto de la colonia, para saber si efectivamente la ideología de éstas era compartida por el grueso de los inmigrantes. En fin, para complementar el estudio de las instituciones formales, queremos penetrar en la vida cotidiana. Así podremos aprehender la totalidad de las características y cohesión de las colonias.

Parte importante de la cotidianidad era el trabajo. Curiosamente sólo uno de los ensayos que nos ocupan se avoca específicamente a este tema. Pero todos los autores plantean que la meta de los inmigrantes era trabajar. Por lo mismo aunque sea brevemente, ubican a los mexicanos dentro del mercado y la estructura ocupacional. Ofrecen, también, información sobre condiciones de trabajo, organizaciones y conflictos. Nuestro actual conocimiento permite delinear ciertos rasgos sobresalientes.

Los mexicanos estaban confinados a ocupaciones que no requerían calificación. Por lo mismo, no contaban con ninguna seguridad de empleo. Ello significó trabajo irregular, rotación laboral y poca o ninguna movilidad ocupacional ascendente. Sin rebasar estos límites, los mexicanos tenían posibilidades de opción. Aún cuando la mayoría arribaron al medio oeste en calidad de jornaleros ferroviarios o agrícolas, sus nuevos destinos ofrecían otras oportunidades. Taylor descubrió que, en general, preferían las acerías y emparadoras, por ser empleos más estables y mejor pagados.

Las nuevas investigaciones no han modificado esta conclusión.³⁰

Los ferrocarriles reclutaron mayor número de mexicanos a partir de la primera década de este siglo. En Chicago Heights, los empleados en mantenimiento de vía entre 1909 y 1929 aumentaron de 17% a 60%. Casi la mitad de los jornaleros empleados por las dieciséis líneas ferroviarias con terminal en Chicago, en 1928, eran mexicanos.³¹ El trabajo era arduo, mal pagado y estacional. En el invierno, gran parte de estos jornaleros eran cesados. Lo mismo les sucedía a los jornaleros agrícolas en los campos de remolacha de Michigan, Indiana, Wisconsin y Minesotta. Muchos regresaban a México y muchos se dirigían a centros urbanos en la región. En ciudades como Chicago, podían acudir a agencias de empleos, donde los contratistas hacían su agosto mediante mentiras y extorsiones, vivir de sus magros ahorros o buscar empleos en las acerías y mataderos.

Las acerías y mataderos comenzaron a emplear mexicanos durante los años de la guerra. A principios de la siguiente década, la industria del acero aumentó el empleo de mexicanos mientras que las empacadoras prefirieron el empleo de negros del sur. Su número en estas últimas significó alrededor del 5% del total de trabajadores. En Chicago y comunidades aledañas, más de seis mil mexicanos laboraban en acerías, constituyendo casi el 15% del total de los obreros de esas factorías. La Inland Steel de Indiana Harbor era la más grande empleadora de mexicanos en Estados Unidos. El alto porcentaje de mexicanos en la industria se debió, en gran parte, a los programas de expansión productiva y a la reducción de la jornada de trabajo de 12 a 8 horas.³²

El salario mínimo de los mexicanos en la región era de \$2.80 al día, o sea alrededor de 35 centavos por hora. El salario más bajo se pagaba en los ferrocarriles; las empacadoras pagaban entre 45 y 47 centavos la hora; en las acerías era posible ganar hasta 50 centavos por hora. En Inland Steel, según Rosales, había quienes llegaban a ganar hasta 34 dóla-

res a la semana. Este salario, aunque inferior al de otros trabajadores en la industria y al mínimo necesario para un nivel de vida digno de un estadounidense, era adecuado para la subsistencia. Un obrero descalificado trabajaba, antes de la reducción de la jornada laboral, 12 horas diarias durante seis o siete días y, comúnmente, incluía un turno de 24 horas. Después de la reducción, muchos mexicanos recurrían a las horas extras o al doble turno para incrementar su ingreso. Estas rutinas de trabajo intenso eran seguidas por lapsos de descanso forzoso, dada la irregularidad del empleo.³³

Los mexicanos enfrentaban diversas formas de discriminación en el empleo. Un gran número de empleadores se rehusaban a utilizar mano de obra mexicana. Aquellos que sí los empleaban, les pagaban sueldos más bajos que a los trabajadores anglos. Las compañías fomentaban rivalidad y competencia entre los mexicanos y otros grupos inmigrantes. Los capataces generalmente los trataban mal y les asignaban las tareas más duras y sucias. Además, eran los primeros en ser despedidos cuando descendía la producción.³⁴

Mercado, estructura y condiciones de trabajo establecen los confines de la experiencia laboral. Pero para investigar la experiencia misma requerimos otro tipo de preguntas. Partamos de la aseveración de que los mexicanos eran trabajadores sin calificación. Es común explicar esta situación por la falta de preparación para vivir en una economía urbana e industrial. Kerr específicamente adjudica la causa al analfabetismo. Sin embargo, sabemos que varios continuaron desempeñando su oficio artesanal o su profesión dentro de la economía marginal de las colonias. Otros, como los jornaleros ferroviarios, desempeñaron labores similares en México y en Estados Unidos. Algunos, inclusive, dominaban oficios industriales que les abrían las puertas al estrato de trabajadores calificados (aunque no siempre pudieran convencer al capataz de ello). Por último, Taylor dejó evidencia de pequeños establecimientos fabriles y comerciales que emplearon mano de obra mexicana en

diversas categorías.³⁵ Todo ello apunta, primero, a estudiar con detalle la complejidad del mercado laboral urbano y la ubicación de los mexicanos en él; segundo, a conocer las habilidades y oficios adquiridos en el complejo contexto económico del cual salieron los mexicanos.³⁶

Kerr también afirma que la entrada de los mexicanos coincidió con un decrecimiento en la demanda de trabajadores sin calificación, explicando así su marginación y discriminación laboral. Otros autores, por el contrario, resaltan la creciente demanda industrial de mano de obra barata y descalificada. Los estudios de Chandler, Brody y Stone refuerzan este último argumento. Estos tres autores muestran la reorganización industrial de fines del siglo XIX y principios del XX. La innovación sistemática en planificación, administración, tecnología y racionalización de los procesos de trabajo dieron a luz una nueva estructura industrial. Como bien argumenta Montgomery, la tendencia fue hacia la homogeneización de la fuerza de trabajo. La clase obrera, al momento de la inmigración masiva de mexicanos, se hallaba concentrada en empleos fabriles considerados descalificados o semicalificados.³⁷ Nuevas investigaciones tendrán que relacionar la inmigración y trabajo de los mexicanos con el desarrollo del capitalismo norteamericano a la vuelta del siglo. La consideración del desarrollo estructural y capitalista y de la específica y compleja estructura económica de los puntos de origen y destino enriquecerá nuestro entendimiento de la inserción de los mexicanos en la economía urbana del medio oeste.

Consideremos ahora la irregularidad en el empleo y los bajos salarios. Brody demuestra que los inmigrantes en la industria del acero daban mayor importancia a la estabilidad laboral que al monto salarial. Pero se acomodaban a la irregularidad, yendo y viniendo entre su lugar de origen y algunos centros metalúrgicos estadounidenses.³⁸ Este rasgo de la experiencia industrial no les resultaba extraño, pues la alternancia de trabajo intenso y descanso forzoso la encontramos en la

agricultura y la artesanía. Estos ritmos de trabajo posiblemente coincidían con estrategias de inmigración temporal o, por el contrario, entraban en conflicto con estrategias de establecimiento a largo plazo o definitivo. Ciertamente, esto último es difícil de comprobar por falta de evidencia. Podemos acercarnos a un conocimiento de esas estrategias si consideramos los diferentes significados del salario: mientras para unos representaba un complemento a la economía familiar campesina, para otros era ingreso destinado a la reproducción en el nuevo ámbito urbano. Posiblemente esta segunda condición apareció gradualmente en el transcurso de la década de 1920 y se estableció firmemente en la siguiente década. Evidencia sobre los montos remitidos a México y sobre los ahorros en bancos locales, por ejemplo, podría entenderse en ese contexto. Considerar el salario individual como parte de un ingreso familiar puede también ser útil para entender las preferencias ejercidas en el mercado laboral.

Trabajo, comunidad y familia constituían una experiencia no parcelada. La relación es ineludible, por ejemplo, en la manera de conseguir trabajo a través de lazos de parentesco y paisanaje. Proseguir en esta línea de investigación pondría bajo nueva luz la afirmación de que los mexicanos emigraron a Estados Unidos para trabajar. El trabajo no era un fin en sí mismo sino un medio para alcanzar otros objetivos, relacionados a la subsistencia familiar. Ello, igualmente, nos lleva a reconsiderar el énfasis en la movilidad ocupacional ascendente, considerada *a priori* como una de las metas de los inmigrantes. La subsistencia del grupo doméstico sería, en este contexto, más importante que el avance individual.³⁹

Los autores enfatizan discriminación y americanización en la explicación de los conflictos, protestas y organización que marcan la experiencia laboral. Las diversas prácticas discriminatorias, según Rosales y Simon, motivaron la participación de los mexicanos en la organización sindical de los metalúrgicos. Para Kerr, esta participación en sindicatos y organizaciones obreras es prueba del avanzado

proceso de americanización en la década de los treinta.⁴⁰ Esta explicación, sin embargo, reduce la acción a mero reflejo mecánico. Una explicación más histórica tendría que fijarse en las tradiciones de trabajo, protesta y organización.

Rosales y Simon inscriben la experiencia laboral dentro de un marco de enfrentamiento entre prácticas preindustriales e industriales. Estos autores, sin embargo, no elaboran sobre su planteamiento. Otros autores nada dicen sobre las experiencias de trabajo y organización antes del arribo a Estados Unidos. Sería importante conocer los nuevos y viejos ritmos, procesos y organización del trabajo, para así entender continuidades, cambios y posibles puntos de fricción.

Sabemos, aunque la evidencia es esquiva, que los mexicanos protestaron en el trabajo. Su resentimiento lo dirigieron contra los mayordomos, es decir sus superiores inmediatos, y no contra las corporaciones. Estas protestas parecen haber sido, en general, en pequeña escala e infructuosas. Reisler, Simon y Rosales, quienes resaltan estas dos características, no tratan de explicarlas.⁴¹ Para hacerlo, tendríamos que recurrir a las experiencias previas en el trabajo, donde predominaban las relaciones cara a cara, las tareas se desempeñaban en pequeños grupos familiares y los conflictos se resolvían en el acto. Asimismo, habría que ubicar la resistencia en un contexto más amplio, que nos permita encontrar otro tipo de protesta menos evidente. Por ejemplo, el aferrarse a formas tradicionales de trabajo o actuar dentro del mercado laboral como miembro de una unidad doméstica podría significar resistencia a la imposición de una lógica industrial y capitalista de ganarse la vida.

Antes de 1935 y en las industrias a que nos hemos referido, no existían sindicatos que pudieran canalizar el descontento y proteger de las represalias. Al iniciarse la sindicalización, surgieron varios activistas mexicanos. Refugio Martínez encabezó a los mexicanos de las empacadoras. En la fábrica de United States Steel de South Chicago, Alfredo Dávila y

Manuel García trabajaron con ahínco para incorporar a sus paisanos al naciente sindicato metalúrgico. Similar labor realizaron Juan Dávila, Basil Pacheco, Max Luna y Miguel Arredondo en la Inland Steel de Indiana Harbor.⁴² Nuevamente, para comprender la aparición de estos sindicalistas tenemos que referirnos a su pasado, pero por ahora desconocemos la historia de estos personajes. Es sugerente que muchos de los nombres de las organizaciones mutualistas tuvieran reminiscencias de organizaciones obreras existentes en México antes de la salida de los emigrantes. También sabemos que algunos mexicanos participaron en la huelga metalúrgica de 1919.⁴³ Cómo todas estas experiencias conformaron la participación de los mexicanos en la organización sindical es una cuestión abierta a la investigación.

Tomaremos como último punto a discusión, no por ser menos importante sino por menos estudiado, la vida política. Los autores coinciden en observar la nula participación de los mexicanos en la política norteamericana. La minoría ilustrada que debatía y tomaba partido lo hacía en referencia a México. Las rupturas entre caudillos revolucionarios, el conflicto religioso o las elecciones presidenciales mexicanas dejaban huella mientras los sucesos políticos locales pasaban desapercibidos. La conexión con México correspondía, en opinión de los autores, al acendrado nacionalismo expresado en la cultura y la política. Leitman, por ello, hace un llamado a estudiar el nacionalismo cultural. Kerr considera que la tensión entre patriotismo y americanización definió el ámbito cultural e impulsó la abstención política durante la década de 1920. Sólo después de que la depresión transformara las colonias mexicanas y la balanza se inclinara hacia un proceso de americanización, tuvieron los mexicanos posibilidades de participación política. Esta participación fue mínima durante el periodo que aquí nos ocupa. Los mexicanos harían sentir su presencia política hasta las décadas de la posguerra.⁴⁴

Las circunstancias fomentaron el nacionalismo. La conjugación de discriminación, sole-

dad y continuo ir y venir llevó al desinterés por la sociedad norteamericana y, en oposición, a la identificación nacional. Las palabras de Reisler ejemplifican la conclusión de varios autores: "Los mexicanos no sólo rehusaron convertirse en ciudadanos norteamericanos sino que su nacionalismo frecuentemente se intensificaba mientras permanecían en este país. Este fenómeno era parcialmente una reacción defensiva contra la discriminación pero también era debido a la proximidad de la madre patria y el sentimiento de que la estancia en Estados Unidos era temporal."⁴⁵

La discriminación y el nacionalismo, a su vez, crearon un círculo de continua conflictividad. La fricción entre los mexicanos y otros grupos nacionales era común. También eran frecuentes los choques con los representantes de la estructura de poder, en particular la policía.⁴⁶ En la medida que estas fricciones incrementaban el aislamiento, los mexicanos reafirmaban su mexicanidad y, con ello, su distinción y separación de la sociedad circundante. Puesto que los autores vinculan participación política con asimilación y oportunidades de ascenso económico, los mexicanos estuvieron condenados a pobreza, discriminación y marginación en la década de los veinte. Sólo una vez que cambiaron su orientación cultural y política tuvieron acceso a los frutos de la política urbana.

Los historiadores dan por cierta la ausencia de vida política, a excepción de la orientación nacionalista de la élite. Pero si, por el contrario, hacemos a un lado las estructuras formales de la sociedad anglo y definimos política como ordenación de relaciones de poder, veremos aparecer comunidades mexicanas en las que la vida política correspondía a sus complejas relaciones sociales. El nacionalismo no sólo fue una manifestación ideológica contrapuesta a la discriminación y alienación. Habría también que entenderlo como elemento central de una identidad construida por los inmigrantes a partir de su experiencia en Estados Unidos.

Los mexicanos realizaban varias actividades que les asemejaban entre sí y les distin-

guían de los otros. Comían, hablaban, cantaban de una manera similar; éstos y otros actos cotidianos estructuraron una manera de sentir el mundo. Esta concepción del mundo existía antes de la emigración pero cobró un nuevo sentido en el extranjero. Comer, por ejemplo, no sólo satisfacía una necesidad vital sino que acercaba a los individuos y les daba un sentimiento de pertenencia a un grupo. Los tamales, las tortillas y el chile construían la mexicanidad de la misma manera que lo hacían las celebraciones patrias y el sentimiento de tener una historia compartida. El estudiar la cultura cotidiana y sus significados nos permitirá vincular las manifestaciones ideológicas de la élite con las percepciones de la mayoría. Algunos estudiosos equiparan la construcción de esta identidad grupal con el nacimiento de una conciencia étnica.⁴⁷

Pero para concluir que existe la conciencia étnica tenemos primero que recorrer los diferentes niveles de identificación grupal. De otra manera, la conciencia étnica sería siempre un reflejo condicionado a la discriminación. Este supuesto nos llevaría a un argumento circular: los mexicanos fueron discriminados por ser mexicanos, lo cual los hizo más conscientes de ser mexicanos y por lo mismo más discriminados, *ad infinitum*. Tomemos la conciencia étnica, en cambio, como un proceso histórico.

Las sociedades pueblerinas de las que salieron los mexicanos normaban la inclusión o exclusión del individuo al grupo a través del parentesco (aunque en menor medida intervinieran otros criterios). Al llegar a Estados Unidos los inmigrantes continuaron manifestando afinidad, lealtad y solidaridad hacia individuos con quienes tenían lazos consanguíneos o de compadrazgo. El parentesco conformaba las relaciones sociales primordiales. En otro nivel, la amistad, el paisanaje y la cultura cotidiana ensanchaban los horizontes de relación grupal. En un último nivel, la conciencia histórica y la nacionalidad juntaban a todos los mexicanos de una colonia. Pero la identificación nacional, la mexicanidad, no fue un proceso acumulativo lineal sino desi-

gual y contradictorio. Por ejemplo, la afinidad familiar y la lealtad al terruño podían conformar una identidad regional distinta y, en ocasiones, enfrentada con la identidad nacional. Comprender la conciencia étnica implica, además de estudiar los distintos niveles de identificación, la difícil tarea de señalar y explicar los mecanismos que permitieron una cohesión entre ellos.

En primer lugar requerimos un minucioso estudio de la estructura social de las colonias mexicanas. Generalmente se habla de una clase media y de una mayoría trabajadora. La llamada clase media se ha identificado con los exiliados políticos quienes, en México, pertenecían a las capas sociales superiores. Las colonias, sin embargo, contaban también con otro tipo de capas medias: los artesanos y pequeños comerciantes, quienes, sin ser parte de la élite, estaban por encima de la mayoría trabajadora. Aun dentro de la mayoría trabajadora existían diferencias, nacidas de las preferencias ejercidas en el mercado de trabajo, del origen rural o urbano e, inclusive, del origen criollo, mestizo o indígena de los inmigrantes. Este análisis más fino evidenciará una compleja estratificación, basada tanto en la organización social de los pueblos de origen como en las nuevas condiciones de las urbes del medio oeste norteamericano.

Esta estratificación social es punto de partida para estudiar, en segundo lugar, cómo los mexicanos conformaron una estructura de poder propia. Una pregunta clave para este propósito es quiénes resolvían los conflictos que se les presentaban a los inmigrantes. Los autores dejan claramente establecido el papel jugado por las sociedades mutualistas, el consulado y algunas agencias sociales, como mediadores y defensores. Igualmente queda establecida la importancia de la solidaridad y ayuda mutua informal entre los mexicanos. A quién recurrían los mexicanos seguramente variaba según la índole y magnitud del conflicto. En ocasiones, parientes o amigos brindaban el apoyo necesario; en otras, habría que recurrir a las sociedades, los periódicos, el consulado o las agencias sociales. Seguramen-

te los dueños de billares, de casas de huéspedes o de pequeños negocios fueron quienes vincularon a los mexicanos trabajadores con estas instancias formales de apoyo y protección. El ámbito de las relaciones sociales primarias engranaba de esta manera con las instituciones existentes en las colonias. El estudio de los conflictos nos revelará los elementos que se movilizaban para, con el tiempo, cuajar una estructura de poder acorde a la estructura social.

En tercer lugar, hay que estudiar cómo esta estructura estaba legitimada a los ojos de los mexicanos. Para ello es importante considerar los objetivos, las nociones de solidaridad y liderazgo y los criterios de identidad de los inmigrantes. El discurso de mexicanidad probablemente englobaba y ordenaba todos estos aspectos. La conciencia étnica habría que entenderla como un proceso de comunicación y cohesión entre diferentes estratos sociales, proceso que legitimó las relaciones de poder, es decir la vida política, dentro de una estructura social asimétrica.⁴⁸

Esta situación favoreció la integración de ciertos mexicanos a la estructura política urbana, en calidad de intermediarios entre las colonias mexicanas y la sociedad anglo. Bodnar ha argumentado que las clases medias fomentaron la conciencia étnica y se valieron de ella para defender sus intereses dentro y fuera del grupo étnico.⁴⁹ Sin embargo, conforme el hermetismo de las colonias mexicanas desapareció y las condiciones económicas de la década de los treinta cambiaron su configuración social, en esa medida aparecieron otras posibilidades de conciencia, a veces rivales y a veces complementarias de la conciencia étnica. El estudio de Kornblum sobre South Chicago en los años sesentas muestra, precisamente, la compleja interrelación de etnicidad y conciencia obrera en la política sindical y municipal de esa comunidad.⁵⁰ Todo ello nos muestra la importancia de estudiar la vida política interna de las colonias mexicanas y no meramente su incidencia en la política urbana norteamericana.

En las páginas anteriores hemos analizado

con detalle el estado actual del conocimiento de los mexicanos en el medio oeste norteamericano. Para concluir, reflexionemos brevemente sobre el marco interpretativo utilizado por los autores. Las categorías de discriminación y americanización son utilizadas para analizar en términos generales la experiencia de los mexicanos. Ambas sirven para describir las fuerzas políticas, económicas o sociales que actuaron sobre ellos. Hemos visto que el conocimiento generado a partir de esta perspectiva conceptual es perfectible y tiene limitaciones. También, hemos planteado otro tipo de preguntas que nos permiten abordar el proceso histórico de los inmigrantes mexicanos desde sí mismos.

La mayoría de los autores aquí tratados entienden la discriminación a partir del ámbito ideológico. Ello parece insuficiente. La discriminación, como argumenta Almaguer, tenía una importante base material.⁵¹ Por ello es necesario referir prácticas e ideas discriminatorias a los requerimientos de la nueva estructura industrial. También hay que estudiar la discriminación como un proceso cultural. Los mexicanos eran concientes de ser discriminados pero probablemente no lo interpretaban en un sentido estrictamente económico. El prejuicio hacia ellos significaba desprecio y rechazo por sus formas de vida y trabajo y era quizás la expresión más visible del choque entre formas distintas de concebir el mundo.

Los estallidos de violencia, especialmente dentro de la clase obrera, ponen de manifiesto los diferentes y desfasados momentos culturales en la integración a la sociedad capitalista. Contextualizar la discriminación de esta manera nos permitirá entender mejor cómo fue elemento constitutivo de la experiencia formativa de los mexicanos en la sociedad norteamericana.

La noción de americanización, por otra parte, descansa sobre el supuesto de una sociedad constituida y fuera de la historia. Por el contrario, la sociedad norteamericana de principios de siglo no era una totalidad acabada sino un proceso histórico de continuas confrontaciones y enfrentamientos. Parte esencial de ese proceso, como demuestra Gutman, fue la recurrente formación de la clase obrera entre principios del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX.⁵² Los mexicanos arribaron al final de este largo periodo, moldeando y siendo moldeados por la sociedad así nacida. Su noción de identidad como mexicanos y como obreros y sus objetivos de reproducción familiar contribuyeron a conformar el carácter de la clase obrera norteamericana y, con ello, el de la sociedad en su conjunto. Si entendemos discriminación e integración a la sociedad norteamericana de esta manera, seremos más capaces de estudiar a los inmigrantes mexicanos como sujetos y creadores de su propia historia.

Notas

¹ Gilberto Cárdenas, "Los desarraigados: chicanos en la región del medio oeste de los Estados Unidos", en *La otra cara de México: el pueblo chicano*, comp. David R. Maciel, México, Ed. El Caballito, 1977, 116-150; Neil Betten y Raymond A. Mohl, "From Discrimination to Repatriation: Mexican Life in Gary, Indiana, during the Great Depression", *Pacific Historical Review* 42 (agosto, 1973), 370-388; Juan R. García, "History of Chicanos in Chicago Heights", *Aztlan*, 7 (verano, 1976), 291-306; Nicolas Kanellos, "Mexican Community Theatre in a Midwestern City", *Latin American Theatre Review*, 7 (otoño, 1973), 43-48; Louise Año Nuevo Kerr, "The Chicano Experience in Chicago: 1920-1970", tesis doctoral, Universidad de Illinois, Chicago, 1976; "Chicanos

en Chicago: 1920 a 1970", en *Aztlan: historia contemporánea del pueblo chicano*, comp. por David Maciel y Patricia Bueno, México, SEP, 1976, 89-106; Spencer Leitman, "Exile and Union in Indiana Harbor: Los obreros católicos 'San José' and *El Amigo del Hogar*, 1925-1930", *Revista Chicano-Riqueña*, 2 (invierno, 1974), 50-56; Francisco A. Rosales, "Mexican Immigration to the Urban Midwest during the 1920s", tesis doctoral, Universidad de Indiana, 1978; "Mexicanos in Indiana Harbor during the 1920s: Prosperity and Depression", *Revista Chicano-Riqueña*, 4 (otoño 1976), 88-98; Francisco Rosales y Daniel T. Simon, "Chicano Steel Workers and Unionism in the Midwest, 1919-1945", *Aztlan*, 6 (verano 1975), 267-275 (existe versión

en español en *Orígenes del movimiento obrero chicano*, comp. por J. Gómez-Quinones y L. Leobardo Arroyo, México, Era, 1978, 146-157; Mark Reisler, "The Mexican Immigrant in the Chicago Area during the 1920s", *Journal of the Illinois State Historical Society*, 66 (verano 1973), 144-158; Ciro Sepúlveda, "Research Note: una colonia de obreros, East Chicago, Indiana", *Aztlan*, 7 (verano 1976), 327-336; Daniel T. Simon, "Mexican Repatriation in East Chicago, Indiana", *Journal of Ethnic Studies*, 2 (verano 1974), 11-23.

² Para Detroit, Michigan, véase Norman D. Humphrey, "The Migration and Settlement of Detroit Mexicans", *Economic Geography*, 19 (1943), 358-361.

³ Simon, 12; Reisler, 146-7; García, 293; Rosales, "Mexicanos in Indiana Harbor...", 88; Betten y Mohl, 371.

⁴ García, 294; Kerr, "Chicano Experience...", 18.

⁵ Todos los autores se basan en las cifras de Paul Taylor, *Mexican Labor in the United States, II: Chicago and the Calumet Region*, Berkeley: Universidad de California, 1932 (reeditado por Arno Press, Nueva York, 1970), 49; y de Manuel Gamio, *Quantitative Estimate Sources and Distribution of Mexican Immigration into the United States*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1930, 14-18; Rosales efectúa su propio análisis, cuyas conclusiones son similares: "Mexican Immigration...", 98-133.

⁶ Rosales, "Mexican Immigration...", 98-133.

⁷ Carlos Aguirre, "Migración Interna en México, 1895-1910" (trabajo inédito); Bernardo García Díaz, "Migraciones internas a Orizaba y formación de la clase obrera en el porfiriato", *Historias*, 19 (1988), 119-137.

⁸ Rosales, "Mexican Immigration...", 13-19; Simon, 12; Kerr, "Chicano Experience...", 19; García, 293; Reisler, 147.

⁹ Patricia de Leonardo, "El impacto del mercado en diferentes unidades de producción: Municipio de Jalostotlán, Jalisco", en De Leonardo y Jaime Espín, *Economía y Sociedad en los Altos de Jalisco*, México, Nueva Imagen, 1978, 77; George M. Foster, *Tzintzuntzan. Los campesinos mexicanos en un mundo de cambio*, México, FCE, 1972, 217.

¹⁰ John H. Coatsworth, *El impacto económico de los ferrocarriles en el porfiriato*, México, Era, 1984, 66.

¹¹ En el trabajo de Taylor se hallan dispersas numerosas menciones de las actividades de los enganchistas, véase por ejemplo, pp. 67, 75; Gamio, *Quantitative Estimates...*, cuadro 11, n.p.

¹² Kerr, 30-33; García, 252.

¹³ Véase Virginia Yans-McLaughing, *Family and Community: Italian Immigrants in Buffalo, 1880-1930*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1977.

¹⁴ John Bodnar, *The Transplanted: A History of Immigrants in Urban America*, Bloomington, Ind., Indiana University Press, 1985, 3.

¹⁵ Reisler, García, Sepúlveda, y en particular Kerr y Rosales se encuentran entre los primeros; Simon,

Kanellos, Leitman, Betten y Mohl, y Cárdenas se encuentran entre los segundos.

¹⁶ Keer, 19 y 70-75; García, 292, 298; Sepúlveda, 335; Rosales, "Mexicanos in Indiana Harbor...", 95-96; Betten y Mohl dedican su estudio específicamente a la repatriación en Gary, Indiana y Simon a la repatriación en East Chicago, Indiana; véase Mercedes Carreras de Velasco, *Los mexicanos que devolvió la crisis, 1929-1932*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974, y Abraham Hoffman, *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression: Repatriation Pressures, 1929-1939*, Tucson: University of Arizona Press, 1974.

¹⁷ Bodnar, 55-6.

¹⁸ Rosales, "Mexicanos in Indiana Harbor...", 89-90; Reisler, 147; Kerr, 75-77; Rosales, "Mexican Immigration...", 238-39; véase Richard Griswold del Castillo, *La Familia: Chicano Families in the Urban Southwest, 1848 to the Present*, Notre Dame, Ind., University of Notre Dame Press, 1984 y José Hernández Álvarez, "A Demographic Profile of the Mexican Immigration to the United States, 1910-1950", *Journal of Inter-American Studies*, 8 (julio, 1966), 471-496.

¹⁹ Kerr, 27-33; García, 294-296; Sepúlveda, 330-334; Betten y Mohl, 372-373; para caracterizar las zonas de residencia los autores se basan en estudios de la época, tales como Edith Abbott, *The Tenements of Chicago, 1908-1935*, Chicago, University of Chicago Press, 1936, que hacen una excelente y rica descripción de las condiciones materiales.

²⁰ Sepúlveda, 330; véase Taylor, 181.

²¹ Kerr, 30-37; García, 296; Sepúlveda, 330-332; Reisler, 150-151; Betten y Mohl, 372-373.

²² Sepúlveda, 330; Simon, 13; Rosales, "Mexican Immigration...", 217-219.

²³ Rosales, "Mexican Immigration...", 194; "Mexicanos in Indiana Harbor...", 91; Kanellos, 46; Kerr, 49-58, 98-107.

²⁴ Kerr, 93-94; Rosales, "Mexicanos in Indiana Harbor...", 93; Rosales, "Mexican Immigration...", 136.

²⁵ Rosales, "Mexican Immigration...", 191, 202, 207; Kerr, 41; William Kornblum, *Blue Collar Community*, Chicago, University of Chicago Press, 1974, 75-87.

²⁶ Taylor, 131-133.

²⁷ Leitman, 52-54; Kerr, 48-52; Rosales, "Mexicanos in Indiana Harbor...", 91-92.

²⁸ Kerr, 22; Rosales, "Mexican Immigration...", 94-95.

²⁹ Kerr, 61; García, 297; el énfasis en instituciones y asimilación como indicadores de estabilidad y comunidad ha sido común en la historiografía de los inmigrantes en Estados Unidos. Ejemplos de ello se pueden encontrar en los ensayos compilados por Melvin G. Holli y Peter d'A. Jones, *The Ethnic Frontier*, Grand Rapids, Mich., Wm. B. Eerdmans Pub. Co., 1977. Para una perspectiva diferente, véase Bodnar, *The Transplanted*, especialmente capítulos 3-5.

³⁰ Kerr, 23-25; Reisler, 146; Rosales, "Mexicanos in Indiana Harbor...", 89; Taylor, 62, 77-78.

³¹ García, 293; Taylor, 28-32, citado por Reisler, 147.

³² Reisler, 148-149; Rosales y Simon, 267-268.

³³ García, 293-294; Kerr, 26; Rosales, "Mexicanos in Indiana Harbor...", 94-95; Simon, 13; véase David Brody, *Steelworkers in America; The Nonunion Era*, Nueva York, Harper and Row, 1969.

³⁴ Rosales y Simon, 68-69.

³⁵ Kerr, 23; Taylor, 115-116, 133-134, 155-158.

³⁶ Buen ejemplo de lo primero son los estudios de Richard Griswold del Castillo, *The Los Angeles Barrio, 1850-1890*, Berkeley, Univ. of California Press, 1979, 30-61, y Ricardo Romo, *East Los Angeles: History of a Barrio*, Austin, Univ. of Texas Press, 1983, 112-128.

³⁷ Kerr, 22; García, 292; Rosales y Simon, 267; Brody, *op. cit.*; Alfred D. Chandler, *The Visible Hand*, Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press, 1977; Katherine Stone, "The Origin of Job Structures in the Steel Industry", en *The Rise of the Worker's Movements*, comp. por Root and Branch, Greenwich, Conn., Fawcett Publications, Inc., 1975, 123-157; David Montgomery, *The Fall of the House of Labor*, Cambridge, Paris, Cambridge Univ. Press, Editions de la Maison des Sciences de L'Homme, 1987.

³⁸ Brody, 96-111.

³⁹ A este respecto son sugerentes los trabajos de Bodnar, *The Transplanted*, Bloomington, Ind., Indiana Univ. Press, 1985, Virginia Yans-McLaughlin, *Family and Community*, Ithaca, N.Y., Cornell Univ. Press, 1977 y Louise A. Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1978.

⁴⁰ Rosales y Simon, 273; Kerr, 83-92.

⁴¹ Reisler, 150; Rosales y Simon, 269.

⁴² Rosales y Simon, 270-272; Kerr, 83-93; véase Alice and Staughton Lynd, *Rank and File*, Boston, Beacon

Press, 1973, 67-110, 163-176; Ann Banks, ed., *First Person America*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1980, 66.

⁴³ Taylor, 117-118.

⁴⁴ Leitman, 50; Kerr, 43-61; Rosales, 92-93.

⁴⁵ Reisler, 155-156.

⁴⁶ Kerr, 28-29, 38-40.

⁴⁷ Los capítulos 7 y 8 de Bodnar, *The Transplanted*, son sugerentes a este respecto; véase también el capítulo 4 de Griswold del Castillo, *The Los Angeles Barrio*.

⁴⁸ Los planteamientos que aquí hago se apoyan, sobre todo, en la lectura de Eric Wolf, *Europe and the People without History*, Berkeley, Univ. of California Press, 1982, 88-100; "Aspects of Group Relations in a Complex Society: Mexico", en *Peasants and Peasant Societies*, comp. por Theodor Shanin, Nueva York, Penguin Books, 1971, 50-68; "Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas", en *Antropología social de las sociedades complejas*, comp. por Michael Banton, Madrid, Alianza Editorial, 1980, 19-39; Josef Barton hace un planteamiento muy interesante sobre líderes, organizaciones y política en "Los Europeos del este y los meridionales", en *El liderazgo étnico en América*, comp. por John Higham, México, NOEMA Editores, 1981, 149-172.

⁴⁹ Rodnar, capítulos 4 y 5.

⁵⁰ Kornblum, *Blue Collar Community*.

⁵¹ Tomás Almaguer, "Class, Race, and Chicano Oppression", *Socialist Revolution*, 25 (5,3), reeditado por New England Free Press, s.f.; véase también David M. Gordon, Richard Edwards, Michael Reich, *Segmented Work, Divided Workers*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1982, especialmente capítulos 4 y 5.

⁵² Herbert Gutman, *Work, Culture and Society in Industrializing America*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1976, 3-78.

